

PARÁBOLAS ATRIBUIDAS COMÚNMENTE A SAN BERNARDO.

1245 PARÁBOLA I. Sobre la lucha espiritual [también conocida como Sobre la huida y el regreso del hijo pródigo].

1. Un rey rico y poderoso, Dios todopoderoso, creó un hijo para sí, el hombre, a quien había creado, y le asignó tutores como a un niño delicado: la ley, los profetas y otros tutores y guías hasta el tiempo determinado de su madurez. Lo instruyó y aconsejó, estableciéndolo como señor del paraíso, mostrándole y prometiéndole todos los tesoros de su gloria, si no se apartaba de él. Y para que no le faltara nada bueno, también le concedió el libre albedrío, para que su bien fuera voluntario, no forzado. Habiendo recibido la licencia del bien y del mal, comenzó a aburrirse de sus bienes, por el deseo de conocer el bien y el mal. Salió, pues, del paraíso de la buena conciencia, buscando cosas nuevas que no conocía, ya que hasta entonces solo había conocido cosas buenas; dejando las leyes paternas y los tutores, comió del árbol del conocimiento del bien y del mal contra la prohibición del Padre: y escondiéndose, miserable, y huyendo de la presencia del Señor, comenzó a vagar como un niño insensato por los montes de la altivez, por los valles de la curiosidad, por los campos de la licencia, por los bosques de la lujuria, por los pantanos de los placeres carnales, por las olas de las preocupaciones mundanas.

2. Pero viendo el antiguo ladrón al niño lascivo sin guardián, sin guía, vagando lejos de la casa del Padre; se acercó, y ofreciéndole con la mano de la mala persuasión las manzanas de la desobediencia, después de haber obtenido su consentimiento, atacó al miserable, precipitándolo a la tierra, es decir, a los deseos terrenales, y atándole los pies, es decir, las afecciones de la mente, con fortísimas cadenas de concupiscencia mundana, para que no se levantara, y las manos de la operación, y los ojos de la mente; lo metió en la nave de la mala seguridad, y soplando fuertemente el viento de la adulación, lo transportó a una región lejana de disimilitud. Llegando él a una región que no era la suya, se hizo vendible a todos los que pasan por el camino. Aprende a cuidar cerdos, a comer las algarrobas de los cerdos: desaprende todo lo que había aprendido, y aprende lo que no sabía, es decir, las obras serviles. Y atado en la cárcel de la desesperación, donde los impíos caminan en círculo, se ve obligado a moler en la rueda de la impía circulación los frutos de la mala conciencia. ¡Ay, dolor!

3. ¿Y dónde está ahora aquel padre poderosísimo y dulcísimo y liberalísimo? ¿Puede acaso olvidar al hijo de su vientre? ¡Lejos de ello, lejos de ello! No lo olvida, sino que se compadece, se duele y se lamenta de la ausencia y pérdida de su hijo. Envía a sus amigos, solicita a sus siervos, y a todos los incita a buscarlo. Uno de los siervos, el Temor, siguiendo las huellas del hijo fugitivo por mandato del Señor, encuentra al hijo del rey en lo profundo de la cárcel, cubierto de las inmundicias carnales de los pecados, atado con cadenas y grilletes de mala costumbre, miserable y demente, seguro en sus miserias y riendo: a quien, urgido con palabras y golpes para que saliera y regresara, lo abatió con tal confusión que yacía ya como cercano a la muerte, y su vientre se adhería a la tierra. Salió inmediatamente otro, llamado Esperanza, y viendo que el hijo del rey no había sido rescatado por el Temor, sino abatido; no ayudado, sino derribado: se acercó suavemente, y levantando al pobre del suelo, y erigiendo al indigente del estiércol, levantando su cabeza, y con un manto de consolación reunido, limpiando sus ojos y su rostro: ¡Ay, dijo, cuántos jornaleros en la casa de tu padre abundan en pan, y tú aquí pereces de hambre! Levántate, te lo ruego, y ve a tu padre, y dile: Padre, hazme como a uno de tus jornaleros. Entonces él, apenas volviendo un poco en sí: ¿Eres tú, dijo, Esperanza? ¿Y cómo pudo la entrada de la Esperanza abrirse en tan profundo y horrible abismo de mi desesperación? Yo, yo, dijo, soy la Esperanza, enviada por

el padre para ayudarte, no te abandonaré, hasta que te introduzca en la casa de tu padre, y en la alcoba de tu madre. Y: ¡Oh, dijo él, dulce alivio de los trabajos, dulce consolación de los miserables! ¡Oh, única, y no la menor de las tres asistentes de la alcoba real! ves el inmenso abismo de mi cárcel; ves las cadenas, que sin embargo a tu entrada ya en gran parte están rotas y disueltas; ves la inmensa multitud de mis captores, su fortaleza, velocidad, astucia: ¿y qué lugar tienes aquí? Pero la Esperanza: No temas, dijo; quien nos ayuda, es misericordioso; quien lucha por nosotros, es omnipotente; y son más los que están con nosotros, que con ellos. Sobre todo esto, he traído el caballo del Deseo enviado por el padre: cuando te montes en él, bajo mi guía partirás seguro de todos estos. Dijo, y con suaves pajas de piadosa Devoción puestas, y con espuelas de buenos ejemplos añadidas, montó al hijo del rey en el caballo del Deseo; pero faltó el freno, tal era la prisa de huir. Inmediatamente el caballo corre sin freno, la Esperanza tira delante. El Temor, sin embargo, urge detrás con golpes y amenazas. Entonces, viendo esto, se turbaron los príncipes de Edom, el temblor se apoderó de los fuertes de Moab, todos los habitantes de Canaán se quedaron petrificados. Caiga sobre ellos el miedo y el pavor por la grandeza de tu brazo; queden inmóviles como una piedra, hasta que pase tu hijo, Señor, este hijo que poseíste (Éxodo XV, 15, 16). Pero mientras así se precipitan, huyen ciertamente, pero no sin peligro; porque sin medida, sin consejo.

4. Por lo cual, enviada por el Padre, acude la Prudencia, una de las principales del palacio, teniendo en su compañía a su amiga la Templanza; y deteniendo a los que corren: Más despacio, os ruego, más despacio: porque dice nuestro Salomón: El que se apresura con los pies, tropieza (Proverbios XIX, 2). Si corréis así, tropezáis; si tropezáis, caéis; si caéis, devolvéis al hijo del rey, que habéis tomado para liberar, a los enemigos. Pues si cae, inmediatamente su mano estará sobre él. Diciendo esto, puso el freno de la Discreción al fogoso caballo del Deseo, y confió las riendas a la Templanza para que las guiara. Y cuando el Temor se quejaba de la cercanía y fuerza de los enemigos, y de la lentitud de la huida: Vete, dijo la Prudencia, detrás, Satanás, eres un escándalo para nosotros. Nuestra fortaleza y alabanza es el Señor, y se ha convertido en nuestra salvación. Y he aquí que la Fortaleza, un valiente soldado de Dios, corriendo por el campo de la Confianza, con la espada de la alegría desenvainada: No os turbéis, dijo; son más los que están con nosotros que con ellos. Entonces la Prudencia, acostumbrada a los consejos de la corte celestial: Tened cuidado, os ruego, porque aquella herencia, a la que se apresura al principio, como dice nuestro Salomón, al final carecerá de bendición (Proverbios XX, 21). Partid, pues, no tan apresuradamente, sino prudentemente. Los enemigos no están en el camino; pero suelen poner escándalo junto al camino, en las encrucijadas y en los desvíos de los caminos. Así que iré delante; vosotros, sin embargo, mantened el camino de la Justicia, y rápidamente os introduciremos en los campamentos de la Sabiduría, que ya no están lejos de nosotros. Porque la Sabiduría es aquella de la que se dice: Deseando la sabiduría, aprende la justicia (Eclesiástico I, 33).

5. Así pues, mientras recorren el camino, el Temor urge, la Esperanza tira, la Fortaleza protege, la Templanza modera, la Prudencia provee e instruye, la Justicia guía y conduce. El hijo del rey se acerca a los campamentos de la Sabiduría: quien, al oír la llegada del nuevo huésped, lo anticipa, quien lo desea, sale a su encuentro y se muestra alegremente en los caminos. Un foso de profunda Humildad rodeaba el campamento: sobre el cual un fortísimo y hermosísimo muro de Obediencia, construido, penetraba los cielos, que las historias de buenos ejemplos decoraban maravillosamente por todas partes. Estaba construido con almenas: mil escudos colgaban de él, toda la armadura de los fuertes. La puerta de la Profesión abierta a todos; el portero en el umbral introduciendo a los dignos, y rechazando a los indignos. Un pregonero sobre la puerta clamando: Si alguno ama la Sabiduría, que se incline hacia mí, y la encontrará; y cuando la haya encontrado, bienaventurado es si la

retiene. Aquí el hijo del rey, introducido por la guía de la Sabiduría que sale a su encuentro, más bien llevado en sus brazos, rodeado por los servicios de la familia real, es conducido a la ciudadela del centro de la ciudad, donde ella misma se ha construido una casa, ha tallado siete columnas, ha sometido a sí misma a las naciones, y ha pisado con su propia virtud los cuellos de los soberbios y altivos. Allí es colocado en el lecho de la Sabiduría, rodeado por sesenta de los más fuertes de los fuertes de Israel, cada uno con su espada sobre su muslo. Está presente David con tamboril y coro, con cuerdas y órgano; y los demás paranympchos de la corte celestial, gozándose y regocijándose más por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.

6. Y he aquí que viniendo del norte un viento de torbellino y fuego envolvente sacudió toda la casa, turbó los campamentos de la Sabiduría. Porque salió Faraón con carros y jinetes, persiguiendo al Israel fugitivo (Éxodo XIV, 5, 8). También conspiraron unánimemente contra él, hicieron un pacto las tiendas de los edomitas y los ismaelitas, Moab y los agarenos, Gebal y Amón y Amalec, los extranjeros con los habitantes de Tiro. Porque Asur, aquel gran exterminador diablo, vino con ellos (Salmo LXXXII, 6-9). ¿Qué más? La ciudad fue sitiada. Ya se levantan las máquinas de las tentaciones; el enemigo urge por todas partes, en las emboscadas como dragón, en campo abierto como león; reúne a sus aliados, lanza fuegos, perfora los muros, suscita guerras, envía emboscadas, amenazando la destrucción total de la ciudad. Dentro, sin embargo, hay temor y angustia; y por el vehemente e inesperado ímpetu de los enemigos todos se turbaron, y se movieron como ebrios, y toda su sabiduría fue devorada, y clamaron al Señor en su tribulación (Salmo CVI, 27, 28). Se corre a la ciudadela de la Sabiduría; se anuncian las malas noticias; se busca consejo. Porque la Prudencia, volviendo en sí, consulta a la Sabiduría, qué es necesario hacer. Ella testifica que se debe acelerar, y buscar la ayuda del rey supremo. ¿Y quién, dice, irá por nosotros? Pero la Sabiduría: La Oración, dice. Y para que no se demore en ir, que suba sobre el caballo de la Fe. Buscada durante mucho tiempo la Oración, y apenas encontrada en tanto tumulto. Sube sobre el caballo de la Fe, parte por el camino del cielo, y no cesa hasta que entra por las puertas del Señor en confesión, en sus atrios con himnos. Y, como un siervo familiar, acercándose con confianza al trono de su gracia, expone el asunto de su necesidad. Al oír el rey el peligro de su hijo, volviéndose a su consorte del reino, la Caridad: Oh, dice, ¿a quién enviaré, y quién irá por nosotros? Pero ella: He aquí, dice, envíame a mí. Entonces el rey: Prevalecerás, dice, prevalecerás, y lo liberarás. Sal, y haz así. Inmediatamente, saliendo de la presencia del Señor la reina del cielo, la Caridad, toda la milicia celestial la acompaña; y viniendo y descendiendo en los campamentos, con la virtud y alegría de su presencia inmediatamente todo lo alegró, compuso lo perturbado, pacificó lo turbado. Se devolvió la luz a los miserables, la confianza a los temerosos. Vuelve ante la Esperanza, que casi había huido; la Fortaleza, que casi había caído. Toda la milicia de la Sabiduría recobra la constancia. Pero los enemigos que sitiaban la ciudad: ¿Qué es esta exultación en los campamentos? no hubo tal exultación ayer y anteayer. ¡Ay de nosotros, ha venido Dios a los campamentos! ¡Ay de nosotros! Huyamos de Israel: porque el Señor lucha por ellos. Así, mientras los enemigos huyen, el ímpetu de la gracia de Dios alegra la ciudad de Dios, el Altísimo santificó su tabernáculo. Dios está en medio de ella, no será conmovida, Dios la ayudará al amanecer. Se turbaron las naciones, y se inclinaron los reinos; dio su voz, la tierra se movió. El Señor de los ejércitos está con nosotros: nuestro protector es el Dios de Jacob (Salmo XLV, 5-8). Así, recibiendo a su hijo, la reina Caridad lo elevó al cielo, y lo presentó al Padre Dios. A quien el Padre, apacible y sereno, saliendo a su encuentro: Rápido, dice, traed la mejor túnica, y vestidlo, y poned un anillo en su mano, y sandalias en sus pies. Y traed el becerro engordado, y matadlo. Porque es necesario celebrar y alegrarse, porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Lucas XV, 11-32).

7. Nota aquí cuatro cosas en la liberación de nuestro niño. Primero, la penitencia, pero insensata; segundo, la huida, pero temeraria e irracional; tercero, la lucha, pero temerosa y tímida; cuarto, la victoria fuerte y sabia: todo lo cual encontrarás en cualquiera que huya del mundo. Primero, es necesitado [también, torpe] e insensato; luego, precipitado y temerario en los prósperos; después, temeroso y pusilánime en los adversos; finalmente, prudente, erudito y perfecto en el reino de la caridad.

1248 PARÁBOLA II. Sobre la lucha espiritual [también conocida como Sobre el conflicto de los vicios y las virtudes].

1. Entre Babilonia y Jerusalén no hay paz, sino guerra continua. Cada ciudad tiene su rey. El rey de Jerusalén es Cristo el Señor, el rey de Babilonia es el diablo. Y como a uno le agrada reinar en justicia, al otro en malicia, el rey de Babilonia, a quienes puede de los ciudadanos de Jerusalén, los seduce a través de sus ministros, es decir, los espíritus inmundos, para hacerlos servir a la iniquidad para la iniquidad, los arrastra a Babilonia. Por lo cual, mientras un centinela, establecido sobre los muros de Jerusalén, veía que uno de sus ciudadanos era arrastrado, anunció al rey que la presa era llevada a Babilonia. Pero el rey de Jerusalén, llamando al espíritu del temor, un soldado valiente en tales asuntos: Ve, dice, rescata nuestra presa. Él, siempre dispuesto para todo lo que se le ordena, persigue a los enemigos con rapidez, y en sus oídos se hizo de repente un sonido como de un viento impetuoso que venía. Porque el Temor tronó sobre ellos, y al sonido de su poder todo el vigor de los enemigos tembló: a quienes, convertidos en fuga, el Temor no persiguió más lejos, sino que devolvía al conciudadano rescatado a su lugar. Sin embargo, uno de los adversarios, el espíritu de la tristeza, no estaba con ellos cuando el Temor llegó. Este, al ver a sus compañeros huyendo repentinamente, voló rápidamente desde las emboscadas donde se ocultaba. Por el Temor, dicen, solo se ha hecho esto, y es una vergüenza para todos nosotros. Pero él: No temáis a este Temor: porque sé lo que se debe hacer. Iré y seré un espíritu mentiroso en los rincones de los caminos, y me haré pasar por amigo del Temor. Porque conozco al hombre, y no se debe tratar con él con fuerza, sino con engaño. Vosotros, sin embargo, esperad el final. Hizo como había dicho, y captando los atajos de los caminos, se adelantó al Temor. Y volviendo por el camino por el que el Temor caminaba, se le hizo encontradizo, mezclando con él conversaciones amistosas, pero iniquas, de tal manera que comenzó a seducirlo: y el Temor, ignorante, lo seguía de buen ánimo. Ya estaba cerca de empujarlo al pozo de la desesperación. Pero el espectador indica al rey lo que está sucediendo. El rey, sin embargo, manda llamar a uno de sus soldados, a la Esperanza, y le ordena acelerar en ayuda del Temor con el caballo del Deseo y la espada de la Alegría. El fiel soldado, saliendo a la orden, cuando llegó al lugar, blandiendo la espada de la Alegría, ahuyentó a la Tristeza. Así, liberado el conciudadano, y montado en el caballo del Deseo, precediéndolo, lo arrastraba con el cordón de las promesas, y el Temor lo urgía detrás con un látigo hecho de los cordones de los pecados.

2. Iba, pues, el caballo voluntario, aquí atraído, allí empujado; pero en tan rápido curso le habría temido al ataque. Por lo cual, los soldados babilónicos reunieron consejo, diciendo: ¿Qué hacemos, porque así escapa, a quien ya poseíamos casi con seguridad? ¿Cómo se ha convertido el aplauso del infierno en llanto, y por solo dos soldados hay gozo en los cielos por la liberación de su conciudadano? ¿Cómo ha perecido la astucia del engaño diabólico? Pero uno de ellos, más malvado que los demás, siendo el artífice de este crimen, pronunció un consejo profano, diciendo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que ahora es más fácil de capturar; y si es capturado, más difícilmente podrá ser rescatado. Vosotros, pues, seguidlo de lejos; yo me transformaré en ángel de luz, para engañar a los ignorantes del camino, como si

fuera un maestro y peregrino. Así, con el engaño dispuesto de esta manera, el centinela anuncia al rey que ve venir al hombre montado en el caballo del Deseo, pero que avanza más de lo que debería, porque le falta el freno y la silla. Los enemigos, dice, lo siguen de lejos; otros, como veteranos en el mal, captan los atajos de los caminos. Pero ahora veo a uno en quien reluce la imagen de nuestras armas; sin embargo, no salió de nosotros. Es necesario que vaya quien sepa interrogarlo: ¿Eres de los nuestros, o de los adversarios?

3. Por lo tanto, el rey, cuyo ánimo siempre se preocupa por las almas, envía a dos de sus consejeros, la Prudencia y la Templanza. De las cuales, la Templanza, en efecto, puso el freno de la Discreción al caballo, y persuadió a la Esperanza a avanzar más moderadamente. La Prudencia, sin embargo, increpando y acusando al Temor de imprudencia, lo advirtió sobre el futuro: y al caballo le puso la silla de la Circunspección, para que el jinete no cayera hacia atrás; sino que se apoyara hacia atrás en la confesión del pecado pasado, adelante en la meditación del juicio, a la izquierda en la paciencia, a la derecha en la humildad. Sin embargo, la Esperanza y el Temor dieron espuelas, la Esperanza en el pie derecho la expectativa de la recompensa, el Temor en el izquierdo el miedo al castigo.

4. Y habiendo pasado el tiempo, cuando ya anochecía, y el día se inclinaba, nuevamente se reunieron los enemigos en multitud, para luchar contra ellos. El Temor se asusta, la Esperanza acelera; pero apenas la Prudencia y la Templanza los devolvieron al consejo. Y ella: Veis, dice, que el día ha pasado, y la noche se acerca: y el que camina en tinieblas, no sabe a dónde va. Pero a vosotros os queda un gran camino, y no es pequeña la multitud de enemigos. Hay, sin embargo, un soldado muy fiel a nuestro rey, a quien yo conozco, que tiene un castillo cerca de nosotros, y es una morada muy firme; porque ha puesto su nido en la roca. Desviémonos hacia él, si os parece bien, porque es bueno estar allí. Lo cual, cuando agradó a todos, y buscaron un guía para el camino, dijo la Prudencia: Mi escudero, la Razón, nos precederá. Porque es conocedor de los caminos, y conocido de la Justicia, como su pariente. Precediendo, pues, la Razón, y los demás siguiéndola, la Razón se adelantó; y saludando a la Justicia, anunció que los huéspedes se acercaban. Ella pregunta quiénes son; de dónde vienen, para qué vienen, se informa. Y cuando conoció al rey, levantándose con rostro alegre, salió al encuentro de los fugitivos con panes, y les salió al encuentro como una madre honrada, y al alma recibida la bajó del caballo, y la colocó ávidamente en los interiores de la casa.

5. El ejército hostil se aproxima y, sitiando el castillo, busca por todas partes si acaso hay alguna entrada abierta, y como un león ronda buscando a quién devorar. Pero al encontrarlo fortificado por todos lados, levantan sus tiendas y organizan guardias para que nadie pueda entrar ni salir, con la intención de, al amanecer, derribar las murallas con máquinas de guerra y lanzarse sobre ellos. Mientras tanto, el Miedo, diligente en su inquietud y nunca seguro, despierta a sus compañeros, convoca a la Justicia, pregunta sobre la fortificación del lugar y la preparación de las armas, añadiendo también la preocupación de que no falten alimentos para el sustento. A esto, la Justicia responde: La ubicación del lugar, como pueden observar, es rocosa e inaccesible, y no teme el asalto de las armas ni de las máquinas del enemigo. Pero, al ser árido, tiene pocos habitantes, a quienes apenas sustenta con el seco alimento del pan de cebada. Y ahora nos quedan cinco panes de cebada y dos peces. Y el Miedo dice: ¿Qué es esto entre tantos? Comenzó entonces a temer más y a desesperarse, y reprochando al alma por haber descendido del caballo del Deseo, recordaba a menudo que el final de aquel hombre era peor que el principio. Pues aquel caballo, con su rápido galope, volaba hacia la ciudad, ahora confiado solo a la guía de la Razón. Tú mismo, dice, verás si no era mejor para ti entonces más que ahora.

6. Ya casi estaba el Miedo a punto de levantarse contra la Esperanza, que sentía lo contrario; pero la Templanza llamó a la Prudencia. Convocada la Prudencia, reprendió la imprudencia del Miedo: Que tu espada, oh Miedo, se ensañe contra los adversarios, dijo. ¿No sabes que nuestro rey es el rey de las virtudes, el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla? Que vaya, pues, un mensajero que exponga las necesidades de los suyos, pida ayuda y traiga un auxiliador. ¿Y quién podrá ir?, pregunta el Miedo. Las tinieblas cubren la tierra, y una multitud vigilante de enemigos asedia los muros; y desconocedores del camino, como en una región lejana. Llamaron entonces a su huésped, la Justicia. Si puedes, dijeron, ayúdanos. A lo que ella respondió: Tened buen ánimo. Tengo un mensajero fidelísimo al rey, bien conocido en la corte, a saber, la Oración, que en el silencio secreto de la noche, por caminos desconocidos, penetra en los misterios del cielo, y no es ignorante en llegar al aposento del rey y, con oportuna importunidad, inclinar el piadoso corazón del rey, acostumbrado a obtener ayuda para los que sufren con su suplicante miseria. Que vaya él si os place: he aquí que está presente. Y cuando todos respondieron: ¡Nos place!, la Prudencia, dictando a la Justicia lo que debe insinuar al rey para que actúe fielmente y ordenándole que no regrese vacío, y los demás, especialmente el Miedo, rogándole que acelere el viaje, fue enviado por algunas salidas ocultas del muro. Y él, atravesando seguro las filas de los enemigos, más rápido que cualquier ave, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, llegó hasta las puertas de la nueva Jerusalén. Al encontrarlas cerradas y haber llamado, los porteros se molestaron porque llenaba la ciudad de clamores en el silencio intempestivo de la noche, y no temía ser importuno al mismo rey, pero él perseveraba llamando, y decía aún más: Abridme, dijo, las puertas de la justicia, y entrando en ellas confesaré al Señor nuestro rey con mi boca según la multitud de mis dolores, que están en mi corazón. Esta, dijo, es la puerta de mi Señor. La Justicia me envió a vosotros, para que me introduzcáis al rey, porque tengo secretos que llevarle. Se oyó la voz de un torbellino en nuestra tierra.

7. El rey, al saber que era el mensajero de la Justicia, ordenó que lo introdujeran. Entrando la Oración ante el rey, lo adoró y dijo: Rey, vive para siempre. Y él: ¿Está todo bien con tu señor y lo que le pertenece? Y la Oración: Bien, Señor, gracias a ti. Sin embargo, una cosa es necesaria. Aquel siervo tuyo, rescatado del poder de los unicornios por mandato del rey, se desvió hacia tu soldado, mi señor; y: Mi Señor, aquella tierra del sur es árida y no tiene alimento. Que el Señor dé su bendición, y nuestra tierra dé su fruto. He aquí que los enemigos se han reunido en multitud para luchar contra nosotros: danos, Señor, ayuda en la tribulación; porque no hay otro que luche por nosotros, sino tú, nuestro Dios. Pero nuestro rey, cuya naturaleza es la bondad, conmovido por estas lágrimas, dijo: ¿A quién enviaremos? A lo que la Caridad respondió: Aquí estoy, Señor, envíame a mí. El rey buscaba compañeros; pero la Caridad respondió que su familia doméstica le bastaba. Salió, pues, junto con su noble comitiva, el Gozo, la Paz, la Paciencia, la Longanimidad, la Benignidad, la Bondad, la Mansedumbre. Con estos, el insigne líder avanza, seguro de la victoria, y con el estandarte triunfal erguido, atraviesa la primera y la segunda guardia de los enemigos. Y cuando llegó a la puerta, se le abrió espontáneamente. A su entrada, hubo gran alegría en el pueblo. Y mientras, por consejo del Gozo, todos clamaban y aclamaban, el clamor surgido aterrorizó los campamentos de los extranjeros. Y ellos: ¿Qué es esta voz de júbilo en nuestros oídos desde los campamentos de Israel? No fue así ayer ni anteayer. Tal vez les ha llegado ayuda, y harán un ataque contra nosotros. Huyamos, pues, de Israel; porque el Señor lucha por ellos contra nosotros. Mientras tanto, la Caridad, impaciente de demora, ordena organizar el ejército, abrir las puertas y perseguir a los enemigos, declarando abiertamente: Iré a las puertas del infierno. Y así, con un solo impulso, todo el ejército de la Caridad avanza, a quienes los babilonios no

soportan y huyen, pero no escapan. Caen a la izquierda del Miedo mil, y a la derecha de la Caridad diez mil.

PARÁBOLA III. De la lucha espiritual.

1. Entre Jerusalén y Babilonia se han dispuesto las filas para la batalla. De un lado, David, fuerte de mano, despliega un ejército de virtudes terrible y ordenado; del otro, Nabucodonosor dirige las malicias espirituales de Babilonia y su tumultuoso ejército de vicios en oposición. Sale del campamento de David un joven novato, recién juramentado en el ejército del rey, y armado por las manos del eterno David con la espada de la palabra de Dios, y adornado con armas espirituales, llevando grandes ánimos, e impaciente por hacerse un nombre más que por vencer al enemigo, en contra del edicto del rey. Su caballo era fogoso, su propio cuerpo; aún fuerte, verde y lascivo por el jugo del siglo, y su ánimo acorde, sobre el cual montado se mostraba insigne; desdénando la disciplina de sus campamentos, despreciando a sus compañeros, avanzaba con una cierta presunción necia mucho más allá de los demás, ardiendo y jadeando por hacerse un nombre. Viendo David su presunción impetuosa, le mandó por medio de su Hijo Salomón bajo amenaza: ¡Ay del que está solo, porque si cae, no tendrá quien lo levante! (Ecles. IV, 10). Pero él, haciendo poco caso de sus advertencias, buscando ocasiones para mostrar su gran virtud a sí mismo o a otros, y tramando alguna hazaña notable, avista a lo lejos en el lado enemigo a uno de los enemigos de fuerte malicia, astuta iniquidad, armado con armas de fuego, y manos llenas de dardos ígneos, hiriendo a muchos, matando a los heridos, pisoteando a los muertos, capturando fácilmente, liberando con dificultad, el espíritu de la Fornicación.

2. Presumiendo mostrar su gran virtud, dirige su ataque contra él, y espoleando a su rápido caballo con los azotes del ayuno y las espuelas de las vigiliass, se lanza completamente contra él. Clama desde atrás la Prudencia, ¡Detente, detente! clama la Discreción, ¡Espera, espera! y todo el ejército davídico le grita. Pero él, pasando a todos con oído sordo, se lanza miserablemente hacia su mal, sin saberlo. Viendo esto Nabucodonosor, se enfurece, y preparando su mal, envía engaños por delante. Le salen al encuentro, mientras se precipita, dos hermanas, la Soberbia y la Vanagloria, aclamándole con engaño: ¡Bien hecho, bien hecho! A las cuales él, demasiado crédulo, se lanza precipitadamente, sin saber que ya las trampas lo rodean por todas partes. El espíritu de la Fornicación, ya experimentado en tales y semejantes ataques, simula huir, y provoca al miserable engañado a seguirlo, hasta que, introducido por una puerta abierta en medio de Babilonia, lo entrega a sus compañeros para que lo humillen. La Gula y la Fornicación reclaman el caballo para sí, y no permiten que su dueño tenga más derecho sobre él. Ya de hecho desfallecía, ya fatigado buscaba desviarse. En medio de la batalla había caído bajo el luchador, y con su caída había golpeado fuertemente a su jinete: a quien, alimentado con los manjares de Babilonia, engordado de nuevo, lo sometieron a sus servicios. Contra el miserable se levantan la Ira, la Envidia, y la multitud de otros vicios, y confiadamente los pecadores construyen sobre su espalda. Pero también la Fornicación, de la cual hasta ahora solo había visto la espalda huyendo, se levanta ahora con el rostro descubierto y desvergonzado contra él, y lanza dardos ígneos en su corazón, desenvaina la espada sobre su cuello, y arrojado al suelo lo pisotea; y entregándolo al cocinero del rey de Babilonia, Nabuzardan, lo somete a sus inmundas voracidades para que lo humille. Y ya no permite que los vicios honestos pongan mano sobre él; sino que lo exhibe para que lo ridiculicen los bufones inmundos de la cocina del rey, es decir, los vicios sucios y horrendos. Así, capturado por los enemigos, es atado con las cuerdas de la mala costumbre, y precipitado en la cárcel de la Desesperación.

3. Pero el rey David, con la cabeza cubierta, lloraba, diciendo: ¡Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! Y llamando a uno de la clientela real, útil y probado en tales asuntos, a saber, el Miedo, lo envía a buscarlo, y le ordena que lleve consigo a la Obediencia, para que, rescatado de la cárcel, lo confíe a la tutela de la Obediencia. Enviado el Miedo, llega y despierta al miserable, y rescatado de las prisiones y cadenas, como se le había ordenado, lo entrega a la Obediencia: le devuelve su caballo, pero feroz y rebelde, y que apenas se dignaba reconocer a su dueño. A quien la Obediencia, tomándolo y sujetándolo con un freno de hierro, aunque resistiéndose mucho y recalcitrante, lo sometió a su antiguo dueño, y le enseñó a cambiar su fortaleza.

4. Así, recibido por el Miedo, la Obediencia condujo al soldado de Cristo por otro camino de regreso a su región, y le estableció la primera mansión en la Piedad: para que los ánimos que el Miedo había exacerbado, la Piedad del padre que lo llamaba los reconfortara. La segunda, en la Ciencia, para que supiera de dónde y hacia dónde debía regresar: y supiera usar tanto de la Piedad como del Miedo, para que la Piedad no lo ensalzara, ni el Miedo lo quebrantara. La tercera, en la Fortaleza, que lo fortaleciera para llevar a cabo el camino de su regreso. La cuarta, en el Consejo, para que hiciera todo con el consejo de otro, y no se desviara en nada de la guía de la obediencia. La quinta, en el Entendimiento, para que no solo con el consejo de los hombres, sino que él mismo comenzara a entender cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. A la sexta mansión llegó el soldado de Cristo, la Sabiduría, con sus huéspedes acompañándolo, sin abandonar su camino, para que ya le supieran bien las cosas del Señor, y desde allí, con Moisés, como desde el monte Abarim, comenzara a contemplar las promesas de Dios (Deut. XXXII, 49). Y desde aquí ya se llega a Jerusalén, al reino y ciudad de David, a la visión de la paz: donde los pacificadores bienaventurados, hijos de Dios, con todo pacificado interior y exteriormente, entran y celebran el gozo de su Señor, el sábado de los sábados. Amén.

PARÁBOLA IV. De Cristo y la Iglesia.

1. El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que hizo bodas para su hijo (Mat. XXII, 2). Y cuando se acercaba el día de las bodas, el Padre consultó al Hijo, a quién quería tomar por esposa. Él respondió que había elegido y preelegido a la Iglesia desde el siglo. Pero el Padre dijo: Pero está cautiva, retenida en Egipto, y allí sirve en el lodo y el ladrillo (Éxodo I, 14), vendida bajo el pecado. El corazón de Faraón está endurecido contra ella, y la mano agravada, y no la dejará ir sino con mano fuerte (Éxodo III). Y yo, dijo el Hijo, tu mano y el brazo de tu fortaleza, entraré en Egipto con mano fuerte y brazo extendido, y la liberaré. Y para cerrar la boca de los que hablan iniquidades, y redimirla de las calumnias de los hombres, pesaré en la balanza junto al precio por el cual fue vendida bajo el pecado, a saber, la voluntad del pecado; y en contra, el precio de mi sangre: y se encontrará que ella tiene menos, y mi juicio llegará a la victoria. Pero el Padre dijo: Ciertamente, llegará; pero la ley del matrimonio requiere el consentimiento de la esposa. Se requerirá, dijo. He encontrado a David, mi siervo, un hombre conforme a mi corazón. Lo enviaré con la cítara, para que hable al corazón de ella, y la llame, y suavice sus ánimos, acostumbrados y corrompidos en el lodo de Egipto. Enviado David, entra en Egipto; y teniendo preparado el dulcísimo canto nupcial, eructó de su corazón esta buena palabra: Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre; y el rey deseará tu belleza, porque él es tu Señor Dios (Salmo XLIV, 11, 12). También Isaías, enviado inmediatamente después, al verla en las cadenas de la cautividad, dice: Levántate, levántate, vístete de la fortaleza del brazo del Señor. Levántate, levántate, Jerusalén; desata las cadenas de tu cuello, hija cautiva de Sion (Isa. LI, 9; LII, 1, 2).

2. Y cuando también muchos otros patriarcas y profetas entraron, todos anunciando lo mismo, finalmente, entendiendo ella la gracia de Dios, levantándose del polvo, dijo: Te has acordado de mí, Señor mi Dios. Te compadece de quien te compadece, y muestras misericordia a quien te has compadecido (Éxodo XXXIII, 19). Y siguiendo lo que aquella sabia Abigail dijo: ¿Quién, dijo, me hará sierva de los siervos de mi Señor, para lavar los pies de los siervos de mi Señor? (I Reg. XXV, 41). Y levantándose de inmediato, como la misma Abigail, montó sobre un asno, es decir, sometió su carne, y siguió a los siervos del rey. El esposo, festivo y alegre, salió a su encuentro: y tomando su mano derecha, guiándola en su voluntad, y recibéndola con gloria, la introdujo en la ciudad de su reino, y en el aposento de su madre. Y colocándola en el lecho de su amor, y adornándola con los ornamentos de su gracia, poniendo su izquierda bajo su cabeza, y abrazándola con su derecha, dijo: Os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis ni hagáis despertar a la amada hasta que ella quiera (Cantar de los Cantares II, 6, 7). Y puso a sesenta de los más fuertes de Israel, que rodearan el lecho, expertos en la guerra: y la espada de cada uno sobre su muslo, por los temores nocturnos. Y besándola con el beso de su boca (Cantar de los Cantares I, 1), y despidiéndose de ella, se fue a una región lejana para recibir un reino para sí, y volver. Y le mandó por medio del profeta Oseas: Me esperarás mucho tiempo; y no tendrás sacerdote, ni sacrificio (Ose. III, 3, 4).

3. Cuyo Faraón egipcio, aprovechando su ausencia, convocó a su ejército: Ven, dijo, perseguiré y alcanzaré, dividiré el botín, se llenará mi alma: desenvainaré mi espada, los mataré mi mano (Éxodo XV, 9). Y levantándose con toda la malicia de su iniquidad, declaró la persecución contra la Iglesia. Y atacando sus campamentos, crucificó a Pedro y a su hermano Andrés, decapitó a Pablo, exilió a Juan, desolló a Bartolomé, apedreó a Esteban, quemó a Lorenzo y a Vicente, y completó todo con las muertes de los santos, y con los géneros de muertes y tormentos. Pusieron los cadáveres de los siervos de Dios como alimento para las aves del cielo, las carnes de los santos para las bestias de la tierra. Derramaron sangre inocente como agua alrededor de Jerusalén, y no había quien los enterrara (Salmo LXXVIII, 2, 3). Viendo la Iglesia a sus defensores puestos como ovejas para el matadero, gimió, y su amargura se hizo amarga. Pero la tierra de la Iglesia, enriquecida con la sangre de los mártires, devolvía cosechas de fieles con un cierto germen multiplicado: y en la pérdida de uno devolvía cien o mil, de modo que donde se esperaba ser vencida, vencía.

4. Lo que, al percibir la bárbara iniquidad del enemigo, se enfureció, y refugiándose en las conocidas armas de su astucia, cesó por un tiempo la persecución, contrajo sus fuerzas, retiró la espada, cambió de estrategia. No hay peor enemigo que el doméstico, dijo. Derramaré, pues, contienda sobre sus príncipes, y los haré errar en el camino equivocado, y no en el camino (Salmo CVI, 40). Y cuando digan: Paz, paz; no habrá paz (Jeremías VI, 14). Pero suscitaré entre ellos herejías y cismas, y con una guerra civil e intestina lo trastornaré todo: y más fácilmente los haré perecer con su propia espada que con la mía. Dijo, y de inmediato aquella terrible hasta entonces ordenada fila de la Iglesia se hizo no terrible, porque se desordenó. Pues atacándose mutuamente con heridas, y cortándose hostilmente entre sí, con los enemigos de pie a lo lejos y riendo, causaron risa e insulto, y a la Iglesia luto y un dolor intolerable. Pues su amargura antes amarga, ahora se hizo más amarga, cuando lloraba con un cierto mal venenoso que sus entrañas eran desgarradas por sus propios hijos. Pero de inmediato, los ilustres soldados de la corte cristiana, viendo prevalecer la astuta malicia del enemigo, recobraron el espíritu, tomaron las armas de la fe: y eliminando valientemente el mal de entre ellos, Alejandro con muchos a Ario; Agustín al maniqueo y a muchos otros; Jerónimo al epicúreo Joviniano, y los demás a las demás pestes de herejías y cismas, ya sea

que las exterminaron valientemente o las expulsaron prudentemente de los campamentos, y restauraron la paz y el gozo a la Iglesia.

6. ¡Ay, ay! Ni el mar puede estar sin olas, ni esta vida sin tentaciones; y no puede haber paz firme y sólida, sino en su propia región. Pues al ver el pecador, se enfurece con envidia, rechina los dientes y se consume, y, preparando nuevas guerras, se convierte en armas de malicia espiritual; y convocando a los ilustres líderes de su ejército, a saber, el espíritu de Fornicación, el espíritu de Gula, el espíritu de Avaricia: "Veis", dice, "que no avanzamos nada, y ya todo el mundo ha ido tras ellos. Pero aún tienen que probar nuestras fuerzas, aquellos que se glorían de haber escapado o burlado mis artes". Dijo, y lanzándolos contra los campamentos de la Iglesia, encontrando a todos dormidos y ebrios de noche (pues los que duermen, y los que están ebrios, de noche duermen y de noche están ebrios) (I Tes. V, 7), inmediatamente lo perturbó todo. Pues pronto todos, amándose a sí mismos, buscando lo suyo, no lo de Jesucristo, reclamaron para sí la herencia del santuario de Dios, y contaminaron el tabernáculo de su nombre (Sal. LXXIII, 7): no sirviendo a Dios en él, sino a sus propias voluntades y placeres, convirtiendo en sus usos lo que fue ofrecido o consagrado a Dios. Pues haciéndose nombres y autoridades de avaricia, altivez y vanidad de los nombres y oficios de la religión, desgarraron aquella túnica inconsútil de la caridad tejida de arriba a abajo (Juan XIX, 23), y aquel manto púrpura de la fe teñido con preciosa sangre, con los cuales el Esposo había cubierto la desnudez de la Esposa y los demás ornamentos de la religión, a pesar de la resistencia y protesta de la Iglesia: y desnudándola, sin vestirse ellos mismos, la dejaron desnuda, y perturbando su estado de quietud, en cuanto dependía de ellos, la obligaron a huir del mundo.

6. Pero ella, clamando, llorando, y desnudada en su vergüenza, con sus nalgas descubiertas, lamenta que todos sus secretos y vergüenzas estén expuestos a la burla de todos, ruega a los hijos de su vientre, y no se compadecen; suplica, y se burlan de ella. Y con ambas manos, con todas sus fuerzas, ciñendo algunos harapos de la religión canónica o monástica, que apenas escaparon de las manos de los saqueadores, alrededor de su corazón y esas partes vitales, ruega que al menos estos le sean dejados, y no es escuchada. Pues incluso esos suyos, no guardianes, sino ladrones, intentan arrebatárselos; para que, no soportando su desnudez, huya de este mundo, o muera entre ellos en el frío de su malicia. Sin embargo, fingiendo a veces compadecerse, intentan venderle una vestidura de simulación de Virtudes y disimulación de Vicios, tejida por ambas manos de Hipocresía. Pero ella, detestándola y abominándola, no la acepta, no la reconoce. Sabe que fue tejida por las manos de la Sabiduría, teñida y consagrada con la sangre del Cordero, dejada por el Esposo para ella, arrebatada por los hijos. No conoce otra, sino que la rechaza y desprecia. Por eso es rechazada, despreciada, escupida, y tenida por todos como oprobio.

7. Estos son nuestros tiempos peligrosos, estos son los tiempos peligrosos de la Iglesia: en los cuales en paz se ha hecho su amargura amarguísima (Isa. XXXVIII, 17). Pero tres ayes han pasado: aún queda un ay, a saber, el ángel de Satanás, que se transformará en ángel de luz, se sentará en el templo de Dios, y se mostrará como si fuera Dios. Quien ya opera el misterio de la iniquidad (II Tes. II, 3-10), con sus precursores ya por todas partes susurrando a la Iglesia: "He aquí aquí, y he aquí allí" (Luc. XVII, 23). Pero, oh Esposa de Cristo, no creas, no salgas: sino espera a tu Esposo, que no te desprecia, ni te olvida en la tribulación: sino que en la cuarta vigilia vendrá a ti caminando sobre el mar (Mat. XIV, 25). Y ven, Señor; ven a liberarla, Señor Dios de los ejércitos, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

PARÁBOLA V. De la fe, la esperanza y la caridad.

1. Un rey noble y poderoso tuvo tres hijas, Fe, Esperanza y Caridad. A ellas les delegó una ciudad excelente, el Alma humana. En la cual, habiendo tres fortalezas, Racionalidad, Concupiscibilidad, Irascibilidad, a cada una le asignó la suya: a la Fe la primera, a la Esperanza la segunda, a la Caridad la tercera. A la Racionalidad se le asigna la Fe, porque la fe no tiene mérito, cuando la razón humana proporciona la experiencia. A la Concupiscibilidad la Esperanza, porque no nos es lícito desear lo que vemos, sino lo que esperamos; y la esperanza que se ve, no es esperanza. A la Irascibilidad la Caridad, fervor a fervor, para que el fervor de la virtud domine al fervor de la naturaleza, o más bien, para que el fervor natural se eleve al fervor de la virtud. Entradas ellas, cada una según su capacidad ordena y procura su casa. Por tanto, la Fe pone como guardián de su casa en la Racionalidad a la Prudencia, para conservar su derecho en ella, y contener la razón bajo las leyes de la fe y dentro de los límites puestos por la fe. Para que actuara con confianza en la casa, añadió también la Obediencia. Para que la Obediencia tuviera progreso en la obra, y tolerancia en el trabajo, añadió también la Paciencia. Y para que pudiera gobernar y administrar bien la familia inferior de actos o sentidos, le bastó con la Dispensación. Para que, según el Apóstol, todo se hiciera honestamente y en orden (I Cor. XIV, 40), añadió también el Orden. Para que no entrara la maldición en la casa (maldita toda casa indisciplinada), puso como guardián en la puerta a la Disciplina.

2. La Esperanza, en cambio, en la Concupiscibilidad puso a la Sobriedad como jefa de su casa, para conservar su derecho en ella, y obligar siempre a sus principales a servirle. Y para que pudiera gobernar discretamente la familia inferior de voluntades y placeres, le subordinó la Discreción. A la cual, contra la concupiscencia de la carne, añadió la Continencia; contra la concupiscencia de los ojos, la Constancia; contra la ambición del mundo, la Humildad. Y para que no entrara la escasez en la casa (donde hay muchas palabras, como dice Salomón, allí hay mucha escasez (Prov. XIV, 23), puso el Silencio como guardián en el umbral.

3. Pero la Caridad confió su casa, situada al sur y al mediodía, a su amiga la Piedad; y le entregó todo su derecho, subordinándole para su servicio primero la Pureza del cuerpo; luego, ejercicios adecuados, a saber, lecturas, meditaciones, oraciones, y afectos espirituales. Y para que la miseria no perturbara la Bienaventuranza de los hijos de Dios, que en el séptimo grado (Mat. V, 9), es decir, en la perfección de la bienaventuranza, juegan y se alegran en la casa de la Caridad, puso a la Paz como guardián en la puerta. Así, con sus casas ordenadas, pusieron como una especie de supervisor y administrador de toda la ciudad al Libre Albedrío.

4. Hecho esto, las jóvenes reales regresan a la casa del padre. Un enemigo sobrevino, viendo y envidiando el orden y la gloria de la ciudad, maquina insidias; y deseando entrar, corrompidos dos de los principales ciudadanos, la Discreción y la Dispensación, introdujo todo su ejército de malicia por las puertas de la Racionalidad y la Concupiscibilidad. El supervisor de la ciudad, el Libre Albedrío, que había sido dejado como guardián y árbitro de toda la ciudad (pues el padre de familia, al irse de viaje, dio a sus siervos el poder de cada obra), es atado con cadenas de hierro y arrojado a la cárcel. Derribados de la fortaleza de la Racionalidad sus guardianes, pronto se introduce la Blasfemia contra la Fe. Con la cual, irrumpiendo contradicciones, conmociones y confusiones, y toda esa turba semejante, arrebatando todo para sí, y reclamando para sí lo que les placía, no dejaron nada de razón en la Racionalidad; y muerto el portero, a saber, la Disciplina, permitieron a todos entrar y salir libremente.

5. Por otro lado, en la casa de la Esperanza, es decir, la Concupiscibilidad, entrando y reclamando todo para sí, la señora Lujuria, la derribó completamente de las alturas a las profundidades, y entregó la Continencia de la concupiscencia de la carne, la Constancia de la concupiscencia de los ojos, la Humildad de la ambición del mundo para ser pisoteadas y burladas. Y muerto el Silencio, el portero, hizo que la puerta estuviera abierta para todos los que entran y salen. La Sobriedad y las virtudes compañeras de la sobriedad las mató, encarceló o destinó al exilio. Desde allí se asciende a la fortaleza superior de la ciudad, y muerto el portero y guardián de la suma bienaventuranza, la Paz, entra la Miseria. Pues pronto la señora Soberbia, ascendiendo a la fortaleza (la Soberbia de los que te odian, siempre asciende (Sal. LXXIII, 23), derribó impiamente a la Piedad de ella, y condenó a muerte o al exilio a toda esa familia de la Piedad y la Paz. Ahora cualquiera que quiera, entra en el santuario de Dios: todo lo que es santo en él, todo lo que hasta ahora era accesible y visible solo para los hijos de Leví, ya profanado, ya saqueado por los enemigos, se transfiere a Babilonia; y de los vasos del templo se sirve a las concubinas del rey de Babilonia. Así fue capturada y confundida toda la ciudad; según su gloria, se hizo su ignominia.

6. Con todo confundido, llega a las damas un triste mensajero de la ciudad perdida. Conturbadas, se postran a los pies del Padre, suplicando ayuda. Él, acusando y culpando al guardián, el Libre Albedrío, de negligencia: "¿Qué", dicen, "oh Padre, puede el Libre Albedrío sin la gracia auxiliar?" "Y yo", dice, "daré gracia; pero debe ser precedido por el Temor. Pues él irá delante de ella para preparar sus caminos". El Temor, saliendo de la presencia del Señor, llega a la ciudad, con un bastón de disciplina en su mano; y encuentra la puerta de la dificultad cerrada, y asegurada con cerrojos de mala costumbre. Un portero procaz e insolente, la lascivia de la carne, estaba en las puertas, quien, bastante hostil al Temor, lo fatigaba con insultos y reproches. Pero él, haciendo un esfuerzo de confianza, rompiendo los cerrojos de la mala costumbre, derribando las puertas de la dificultad, lo agarra miserablemente, y con el bastón de disciplina que tenía, lo golpea hasta la muerte: y levantando inmediatamente la señal de la llegada de la Gracia sobre las puertas, convierte toda la ciudad en temor. Después de él, la Gracia entra en la ciudad, trayendo consigo todo ese ejército de Virtudes celestiales. Pronto la parte enemiga desapareció, y las Virtudes regresan a sus conocidos puestos. Inmediatamente, la Discreción y la Dispensación, acusándose a sí mismas de haber sido engañadas, piden perdón: el Libre Albedrío sale de las cadenas y se apresura al encuentro de la señora Gracia, esperando ahora finalmente ser libre bajo el reino de la Gracia. Se preparan banquetes para las hijas del rey en su casa, y se ponen mesas adecuadas. En la mesa de la Fe se pone pan de dolor, y agua de angustia, y otros platos de penitencia. En la mesa de la Esperanza se pone pan que fortalece, y aceite que alegra el rostro, y otros platos de consolación. En la mesa de la Caridad se pone pan de vida, vino que alegra, y todas las delicias del paraíso. Ya entran y banquetean, y custodian la ciudad. Pero si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Sal. CXXVI, 1).